



PAULA EN CARTAGENA DE INDIAS

AL **SON** DE LA HEROICA

A COSTA DE SU BELLEZA ARQUITECTÓNICA, Y DE SU ESPÍRITU GRACIOSO Y ROMÁNTICO, SE HA PASADO LA VIDA SEDUCIENDO A QUIEN LA VISITA. EN ESTE ENCLAVE DEL CARIBE COLOMBIANO, LA HERENCIA ESPAÑOLA Y AFRICANA SE SUMÓ A LAS BONDADES DE LA NATURALEZA PARA PARIR UNA DE LAS CIUDADES MÁS ATRACTIVAS DEL CONTINENTE AMERICANO.

POR MARÍA NOEL BERGERET FOTOGRAFÍAS: MARCELO CAMPI



Es una de las ciudades colombianas con menor consumo de libros *per cápita*, pero a pesar de la sorprendente estadística, recientemente publicada, el premio Nobel Gabriel García Márquez sigue siendo parte del universo de celebridades que frecuentan Cartagena de Indias. El destino quiso que hoy, en la ciudad donde comenzó su carrera periodística, el famoso escritor sea la persona más buscada por cronistas, fotógrafos y turistas, que se dirigen presurosos a la Calle del Curato con la esperanza de cruzarse con él. Lo más probable es que sólo encuentren el gran paredón morado que protege su casa de los curiosos, y que el autor de *Cien años de soledad* brille por su ausencia.

Parfraseando el título de la columna que publicaba en el periódico *El Universal de Cartagena*: punto y aparte; esta ciudad caribeña es el escenario ideal para descubrir personajes anónimos, capaces de inspirar a quienquiera que tenga sueños de escritor.

Cartagena de Indias fue fundada en 1533 por Pedro de Heredia y pronto pasó a ser el principal puerto de la región. A partir de allí, su rica historia se nutre de piratas, corsarios y saqueadores. Y gracias a los numerosos ataques cometidos en si-

glos pasados por los odiados Roberto Baal, Martín Cote, John Hawkins y Francis Drake, entre otros, hoy los turistas que se acerquen a esta ciudad declarada Patrimonio Histórico de la Humanidad por la Unesco pueden ver la extensa muralla que recorre el casco viejo, así como varias de las fortificaciones que le sirvieron de protección. A pesar de los años (y de algún que otro intento "urbanístico" por derribar la herencia de la historia), La Heroica aún conserva nueve kilómetros de muralla, que constituyen el envoltorio de una de las joyas arquitectónicas que la conquista española dejó en América.

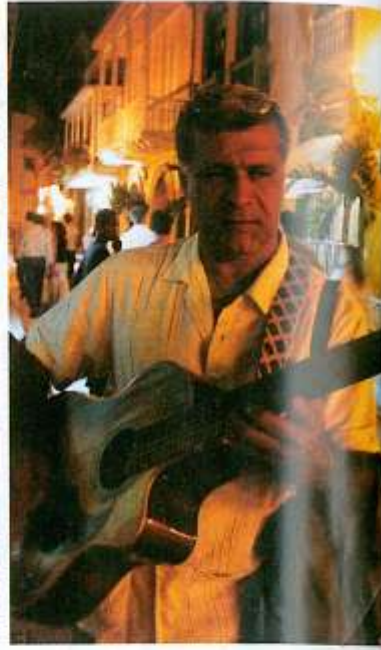
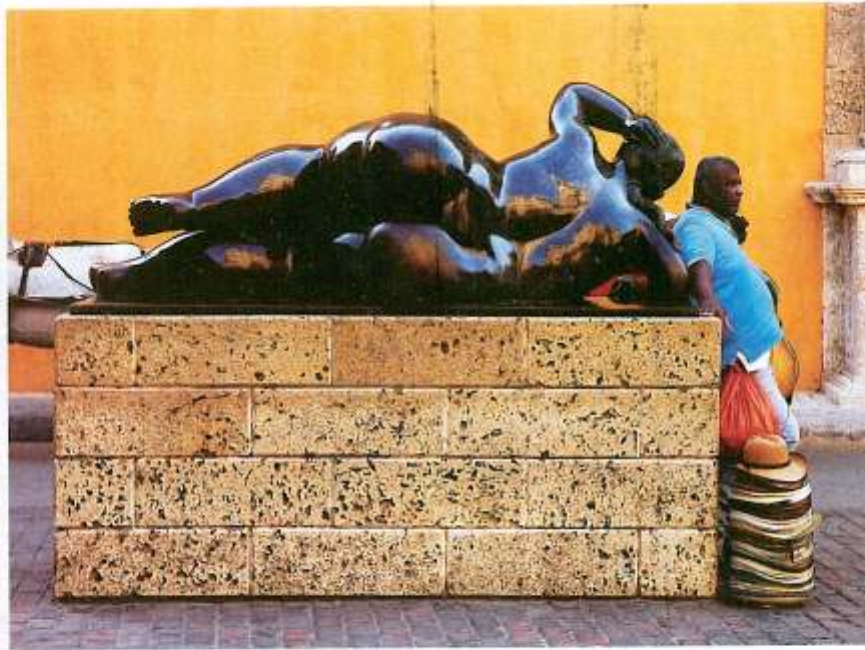
La ciudad amurallada se compone del centro histórico, o *corralito de piedra*, como le llaman los lugareños; el popular barrio Getsemani, que en los últimos tiempos ve como los inversores compran y restauran buena parte de sus antiguos edificios; y San Diego.

En el centro, las angostas calles, las coloridas Santa Ritas que decoran los balcones, los patios internos de las casas coloniales, las trabajadas ventanas y hasta las enormes puertas de las viviendas, incitan a deambular y dejarse llevar sin prisa. En ese anárquico paseo se encontrarán plazas como la de la Aduana, la pequeña y

encantadora San Diego, la plaza Bolívar y la concurrida plaza Santo Domingo. Es aquí, cuando cae la tarde, que la gente se reúne en sus bares y restaurantes. Lugares como el *Café de la Plaza*, *Paco's* o *Café Colombia*, entre muchos otros, sirven limonadas, ron o aguardiente a sus visitantes. Como si de una provocación se tratara, en medio de la plaza y mirando hacia la puerta de la iglesia, la escultura de una gorda desnuda de Fernando Botero (otra celebridad nacional) anima el ambiente festivo que se respira en ese lugar. Los vendedores ambulantes no dejan pasar la oportunidad y revolotean alrededor de los turistas ofreciéndoles sombreros de caña de flecha, collares de colores intensos, realizados en piedras tairona; cucharas de coco, pulseras de Carey, grabados y pinturas, y hasta cigarrillos *Cohiba* o *Montecristo* falsos.

Los dos primeros consejos que recibe un turista al llegar al aeropuerto de Cartagena son: siempre hay margen para el regateo, y hay que saber decir "no" con fuerza y determinación. En caso de mostrarse dubitativo o compasivo, un enjambre de artesanos rodeará a la víctima y no le dará tregua hasta que compre algo.

Sentado en un banco de la pequeña plaza San Diego, un matrimonio argentino,



de unos setenta años de edad, se queja ante un colombiano y dice que tanta cantidad de vendedores resulta agresiva. Sin embargo, el arte de vender y comprar puede ser un desafío y hasta un juego de astucia. Fabián ofrece sombreros a la entrada del Convento de la Popa, y reconoce fácilmente que es capaz de bajar su precio de 25 mil pesos colombianos a 20 mil. Y cuando no tiene más remedio, los vende por 15 mil. Como en todas partes del mundo, estos personajes hacen gala de simpatía y recursos varios. Si alguien dice que es de Uruguay hasta le hablan del "policía Alzamendi"; por no mencionar, claro está, a jugadores más reconocidos en el mundo, como Enzo Francescoli.

Delicias urbanas

Todo es negociable. Hasta los paseos en carro tirado por caballos, una típica postal cartagenera. La vuelta de 35 minutos por el casco antiguo cuesta 15 dólares, y es ideal para parejas o familias con niños. Allí se está a salvo de los vendedores de artesanías, pero no de los cantantes de serenatas. A eso de las nueve de la noche, Eddy Henríquez camina por una angosta calle con su guitarra, y en cuanto se acerca un carruaje con turistas les ofrece sus servicios. Su voz grave y abolerada puede resultar una garantía para quien pague 60 mil pesos (unos 25 dólares) por cuatro canciones a libre elección. "Los europeos piden mucho son cubano, o boleros", cuenta el artista, quien asegura que en temporada alta gana más que un empleado oficial. Aunque Henríquez sostenga que sólo canta en restaurantes como *Juan del Mar* o *Pelicano*, o previa contratación vía telefó-

nica, lo cierto es que interrumpe la conversación cada vez que uno de esos carruajes pasa por la calle.

La música forma parte de la vida diaria de los cartageneros. Visitar la ciudad y no salir a *rumbear* es una falta gravísima, casi imperdonable. En sus ritmos, en sus noches, en sus bailes, se esconde el alma de la ciudad. El vallenato y la champeta son sonidos típicos de la región de Cartagena. Para diferenciarlos, basta saber que el primero utiliza el sonido del acordeón; y el segundo, además de tocarse con guitarra eléctrica, tiene un ritmo más marcado y con mayor influencia africana. Algunos de los artistas más importantes de la champeta son Charles King, Elio Boom y Mister Black; mientras Carlos Vives es el embajador del vallenato colombiano en el mundo, aunque curiosamente, en algunas zonas populares de la bahía de Cartagena el ex actor de telenovelas no cuenta con el favor popular. Pero en *La Heroica*, los sonidos autóctonos se mezclan con la salsa, la cumbia y el rápidamente impuesto *reggaeton*. En materia de música hay para todos los gustos, lo que queda claro echando un vistazo a la pista de baile. En la calle El Arsenal, corazón de Getsemaní, se encuentran la mayoría de los boliches y restaurantes como *Planet Music*, *Guantánamo* y el *Mesón de María* y *Mulata*. Uno de los más populares se llama *Mister Babilla*. Los fines de semana recibe a cientos de personas que quieren divertirse y dejarse llevar por la sensualidad del baile. Sobre las mesas, las sillas o las tarimas, las coreografías improvisadas se van sucediendo y contagian a los recién llegados. Cuando suena un merengue la pista se llena, pero si toca

una salsa seguramente los extranjeros se hagan a un lado debido a la mayor dificultad de ese baile. Pero el foráneo no debe desesperar: siempre habrá a mano algún caribeño que oficie de profesor. Es imposible no mover los pies allí, pero también es aconsejable perder unos minutos para observar su decoración. Sillas colgadas del techo, columpios en la barra, un montón de cacharos y trastos viejos acompañan el clima de fiesta y desenfreno en *Mister Babilla*.

El sol no ahuyenta a la música, presente el día entero. En la Plaza de los Coches se encuentra el bar *Fidel*, que desde el mediodía sirve cerveza a clientes dispuestos a pasar el tiempo bebiendo y escuchando ritmos caribeños. En ese reducto, un clásico entre los cartageneros, no es común ver turistas. Incluso hay quienes dicen que sólo es un lugar para borrachos. En esa misma plaza, además de sacarse la típica foto junto a la Torre del Reloj bien vale descubrir, en uno de los tantos locales del Portal de los Dulces, el sabor de los postres colombianos, principalmente los que utilizan coco, guayaba, tamarindo, maní o panela (azúcar integral de caña).

La gastronomía merece un capítulo aparte, y si se quiere poner a prueba o educar al paladar nada mejor que zambullirse en los diferentes platos autóctonos. Lo primero que se deberá degustar es el popular patacón, que consiste en plátano machacado y frito; también el arroz con coco, acompañamiento ideal para todo tipo de carnes; y las arepas de huevo, bocadillo que se prepara con harina de maíz frita en forma de tortilla y dentro de la cual se cueja un huevo. Pero todo esto es poco cuan-



do le toca el turno a los pescados y frutos del mar. Róbalo, sábalo, pargo rojo y liza deben probarse preparados con leche de coco o verduras salteadas. El ceviche al estilo peruano o con salsa rosa es una tentación y se puede encontrar en la mayoría de los restaurantes. En el céntrico *El Santísimo*, se puede cenar en un patio colonial decorado con imágenes religiosas por unos 30 dólares. Los nombres de los platos demuestran el humor caribeño. *Perdón del Señor* es una receta compuesta por langostinos con salsa de mango, jengibre, cilantro y leche de coco. A la hora de los postres los nombres no son menos tentadores: desde *La Lujuria* hasta el *Suspiro de la Novicia*.

La variedad de frutas exóticas es tal, que no sería mala idea ir con una libreta anotando sabores, virtudes y contraindicaciones. Los jugos de lulo, granadilla y guanábana son una buena elección, así como probar la uchuva, la feijoa y, con moderación, comer una pitaya.

Como sobre gustos no hay nada escrito, también vale la pena destacar que Cartagena de Indias tiene una oferta hotelera que va desde rascacielos cinco estrellas en la zona de Bocagrande hasta el elegantísimo *Sofitel Santa Clara* en pleno barrio histórico, pasando por reputados *bed & breakfasts*.

Mares profundos

Muchos de los frutos de mar, como los langostinos y las langostas, se pescan en la zona de La Boquilla, un pueblo de pescadores que se encuentra a 12 kilómetros del centro histórico. Es aconsejable ir acompañado, aunque siempre habrá un taxista dispuesto a hacer de baquiano. Los trasmallos o redes se recogen de mañana temprano, y durante el resto del día los lugareños ofrecen a los intrépidos turistas paseos en bote por los manglares o los invitan a sus "restaurantes-estaderos".

Luis Cubas es taxista y para su coche en el lujoso *Hotel de las Américas*, a mitad de camino de La Boquilla. Él está convencido que los turistas llegan poco a esa zona porque el acoso de los vendedores los ahuyenta. Sin embargo, las clases populares eligen ese sitio porque sus aguas no son profundas. Los autos circulan por la arena como si hubiese trazada una calle imaginaria. Hacia el lado del mar, hay unos pequeños puestos, los "estaderos", le-

vantados con troncos, que disponen de sillas y mesas para pasar toda la jornada. Más al fondo están los "restaurantes", que sirven langostinos, pescados, cerveza o ron al ritmo de la champeta o el vallenato. Uno de ellos, *El Caracoli del Mar* ofrece un plato y una hamaca por unos 15 mil pesos colombianos (siete dólares). Negociables, claro. Su dueño, Antonio Cantillo, está sentado en una mecedora de madera. A sus pies hay botellas de cerveza. Parece que nada lo hará mover de ese sitio en toda la tarde. Su mujer es lo opuesto. Ella está dentro de la cocina, lavando pescados y preparando los platos que servirán a los pocos comensales que ese día visitan *El Caracoli*. Increíblemente, en la oscura y pobre estancia, una computadora con acceso a Internet está descargando música. Allí mismo, uno de los empleados ofrece una tarjeta del lugar, que tiene impreso el teléfono celular y la dirección de correo electrónico. Alex, otro de los 15 trabajadores, que está sólo a comisión, sale rápidamente a buscar a unos niños para que muestren cómo son los bailes folclóricos. La tímida exhibición es a cambio de un refresco. Animarse a comer en cualquiera de estos estaderos es casi una hazaña para los extranjeros. Sin embargo, aunque no figure en los principales tours de la ciudad, La Boquilla tiene un encanto especial. Su gente, los manglares y las costumbres de la zona, lo hacen un lugar auténtico, de esos que sólo parecen existir en los documentales que pasan por los canales de cable.

Por lo demás, la costa de Cartagena de Indias no es la ideal para los fanáticos de la playa. Su arena negra dista mucho de la imagen paradisíaca que suelen tener los amantes del *dolce far niente* bajo el sol. Pero todo tiene solución. La más sencilla es tomar una lancha y llegar a las vecinas Islas del Rosario, un archipiélago formado por 27 islas de diferente tamaño con un arrecife de coral y una gran variedad de fauna y flora a menos de una hora de viaje. El paseo, con almuerzo incluido, cuesta unos 20 dólares. Después de varios días de caminar, rumbear y charlar con los cartageneros, nada más placentero que zambullirse en las turquesas y cálidas aguas del Caribe. □

(Paula agradece a la Embajada de Colombia en Uruguay y a Proexport la invitación que hizo posible este viaje).